

# Julia Otxoa: La encrucijada de una poesía de amor

por José Angel Ascunce

Desde 1978, año en el que Julia Otxoa escribe su primer libro de versos *Composición entre la luz y la sombra*, hasta 1989, año de la publicación de *Centauro*, transcurren algo más de diez años de vida y de poesía. Un trabajo ininterrumpido de lucha permanente con, contra o a favor de la palabra para conseguir una expresión acorde con las vibraciones emocionales de un corazón en plena evolución emocional y en apasionada búsqueda de exactitudes lingüísticas. Sus publicaciones intermedias *Luz del aire* (1982) *Cuaderno de bitácora* (1985) y *Tábano* (1986) pueden ser consideradas como la prueba material de esta labor de indagación y concreción poéticas. Julia Otxoa recorre un camino bien delineado en el tiempo y con la palabra, jalonado de concreciones creativas, que avala una obra poética todavía escasa en número, pero de personalidad arrolladora y con un prometedor futuro.

Un conocimiento cada vez más sólido de las técnicas surrealistas, un acercamiento cada vez más seguro hacia los recursos creativos del vanguardismo, especialmente el creacionismo con *Altazor* de Huidobro a la cabeza, una perfecta sintonía con el humanismo filosófico de preguerra y de las generaciones poéticas de los cincuenta y sesenta, etc., junto a una postura vital cada vez más serena pero al mismo tiempo más crítica frente al contexto y a las circunstancias, tanto internacionales como nacionales, son algunas de las causas de esta realidad poética que se denomina *Centauro* y que testimonia realidades ciertas de futuras obras poéticas.

En la existencia del ser humano todo debe interpretarse como un "continuum", también la realidad de una historia creativa, ya que en todo presente se halla actualizado o prefigurado su propio pasado. De esta manera, la última obra de Julia Otxoa, *Centauro*, implica la superación de una etapa primera de aprendizaje —promesa poética— y el inicio de otra nueva de madurez y de auténticas realidades poéticas, que esperan sus próximas obras para testimoniar el prometedor futuro que se la augura a esta joven poeta.



Centrándonos en su última obra, se puede afirmar que *Centauro* es un canto de amor y de esperanza desde un tiempo envilecido y deshumanizado en un espacio degradado y aniquilador. Es igualmente un grito airado contra las hipocresías personales, sociales, políticas, etc., y una súplica apasionada en favor de la dignidad humana, de la tolerancia social y de las responsabilidades históricas. Sin embargo, este canto de amor y este grito airado ya estaban presentes en composiciones anteriores de forma que podemos proponer un primer paradigma de sentido inamovible a lo largo de toda su obra. Exclama la poeta en *Luz del aire*:

*Alguien está haciendo  
un estruendo terrible  
con la muerte,  
golpeando  
entre sí  
los esqueletos.*

En la misma obra, poemas adelante, la poeta afirma:

*Cuando ya nadie  
proclamaba  
pájaros azules,  
viniste tú,  
en fuerte amanecida.*

Vida y muerte, "esqueletos" y "amanecida", etc., proclaman esta dualidad de planteamiento entre el grito y la súplica, entre el sentimiento desgarrador y el deseo anhelante.

Los personajes poéticos, ya sean un "yo-personal" o un "él genérico", como verdaderos "heraldos de la ruina" ("Heraldos de la ruina"-*Centauro*) viven en "el lugar de la ira" ("El lugar de la ira"-*Centauro*), al ser, en palabras de Dámaso Alonso, auténticos *Hijos de la ira*. El hombre habita un país-heredad, donde "cotiza en bolsa el miedo" ("Cotiza en bolsa el miedo"-*Centauro*), donde impera "la sucia luz ennegrecida" ("Ya no hay música"-*Centauro*) y "sobran piras funerarias" ("Reconoce que este jueves descende"-*Centauro*), etc. En este contexto, todo es miseria, depredación, temor y muerte. Los hombres en esta tierra y en este tiempo se caracterizan por ser los "heraldos de la ruina".

En este contexto de infamia y desolación, el personaje poético se halla abocado a ser lo que ha sido, porque la existencia y la historia imponen sus propias leyes. La



humanidad de manera insoslayable tiene que ser lo que ha sido, viviendo un presente temporal forjado y creado a lo largo del tiempo. Por eso, si el hombre reitera su propio ser y su misma naturaleza, se halla abocado irremediamente a repetir en su eterno presente sus acciones de aniquilación y de muerte. El hombre ha dejado de ser materia noble, dúctil, maleable, incapaz de asumir una naturaleza de dignidad y plenitud humanas. El hombre tiene que vivir en medio de la descomposición con "el color de la herrumbre" (título de la primera parte de *Centauro*).

La naturaleza y sentido de las coordenadas de tiempo y espacio es tratada de forma muy semejante en todas las obras, desde *Luz del aire* hasta *Centauro*, pasando por *Cuaderno de bitácora* y *Tábano*. De esta manera, se puede ofrecer un segundo paradigma de sentido presente en toda la obra de Julia Otxoa.

Desde las perspectivas del tiempo y del espacio, el panorama humano se recubre de los valores más negativos y aniquiladores. Si como se ha afirmado todo futuro es consecuencia del presente como el tiempo actual es la concreción del pasado, el hombre será ruina y muerte, porque es y ha sido miseria y destrucción. En la heredad del ser humano se impone con toda su dramática realidad el mito de Sísifo como la forma más eficaz para expresar la idea de una eterna reiteración de los desmanes, los desafueros,

las iniquidades, etc. El hombre aparece como eterno heraldo de su propia destrucción y ruina:

*La heredad que os trajo indiferentes,  
heraldos de la ruina,  
os brindó en exceso  
la voluntad del frío.*

(Heraldos de la ruina-*Centauro*)

En este plano temático adquiere pleno sentido y función precisa la simbología, plural y heterogénea, del bestiario humano. La máxima barroca del «hombre, lobo para el hombre» se adapta en el cuerpo temático de *Centauro* bajo las denominaciones de lobo, tigre o el más genérico de fiera. Esta idea es igualmente expresada a través del pertinaz y molesto *Tábano*. El mundo en un contexto general y Euskadi-país en un sentido particular se convierten en selva, donde el «yo-poético» y el hombre, acechados por los mil peligros, deambulan con sus temores en búsqueda apasionada de paz y esperanza.

*Desde marzo vengo caminando,  
a través de sonidos e imágenes terrosas,  
del color del polvo.*

(Desde marzo-*Centauro*)

Reiteración y animalización son las dos caras dramáticas de la realidad humana. Sísifo y *Centauro* se convierten en expresiones simbólicas de esta situación tan dramática como deshumanizada.

*Qué inútil fue sobre la piedra  
el rayo,  
su herida mortal de minotauro,*

*nadie recorrió luego,  
su memoria de arena,  
su conclusión de herrumbre.*

*Todo parece irremediable y circular  
en esta pobre bestia  
que no llega a centauro.  
(Irremediable y circular centauro-Centauro)*

A su vez, cuando en la obra de Julia Otxoa se habla de la heredad-país y de sus hombres, no se plantean tierras etéreas o sujetos ideales, sino realidades concretas, puntos de referencia sentidos y vívidos. *Centauro*, en este caso, por una parte, es un compromiso socio-político con la vida y con la historia del país propio: Euskadi; pero también es, por otro lado, responsabilidad con el hombre como humanidad y con el mundo como universalidad. Por eso, *Centauro* es ante todo y sobre todo una respuesta creativa y poética ante una pregunta de transfondo ontológico y social. Desde esta perspectiva, se puede identificar con toda legitimidad la realidad histórica de Nueva York con la de Madrid, La de Madrid con la de San Sebastián, para concluir relacionando San Sebastián con Nueva York. Simbólicamente se expresan las historias «de las ciudades», segunda parte de la obra *Centauro*, ya que en todas partes y en todo momento se repiten las mismas ciudades, con idénticas historias e iguales personajes.

*Yo no he visto nunca el Bronx,  
pero sé de la desolación de un triste lugar  
de ríos amarillos,  
donde abrevan las caballerías  
pobres caballos con los ojos tapados  
con oscuros sacos, para evitar la huida.  
(Yo no he visto nunca  
el Bronx-Centauro)*

*Son las siete y es el tigre de los ojos  
/helados,  
el tigre agazapado que mordisqueaba al-  
/helies,  
tras el jardín de la Catedral.*

*Las siete y la Avenida de la Libertad,  
la larga avenida de bancos vacíos,  
de altos y serios balcones vacíos  
y clausuradas cafeterías,  
donde se exhiben marquesas disecadas,  
adolescentes exquisitas con vocación de  
/momia,*

*este gris paisaje de cotizaciones de bolsa,  
tristes como ahorcados,  
colgadas de los árboles.*

*(Son las siete y es el tigre  
de los ojos helados-Centauro)*

Sobre la tierra, la de aquí y la de todas partes, y en torno al hombre, el de este país y el de todas latitudes, se imponen como norma de vida los principios de desintegración, caos, ruina y desposesión.

*Es el Sur del planeta y las ciudades,  
la extensión del cero,  
el equipaje más triste de la  
desposesión.*

*(Es el Sur del planeta-Centauro)*

El hombre vive bajo el rigor de «el color de la herrumbre» en «ciudades» como escenarios diferentes pero siempre reiterativos de una idéntica representación vital y con un personaje como protagonista único de los múltiples papeles de una tragedia existencial, histórica, ontológica, etc.

Sin embargo, en esta heredad humana no todo es desolación y ruina. El hombre puede estar condicionado por su entorno y por su tiempo, pero nunca este condicionamiento llega a los límites del ciego y fatal determinismo. El hombre, si quiere, puede generar una existencia nueva y una historia distinta. Para ello, tiene que asumir los valores primigenios de la vida y rescatar las esencias vírgenes de los orígenes. Esta vuelta simbólica a lo original propone y desarrolla una clara imaginería de carácter naturalista. Casi se podría defender una tesis subyacente de claro sentido ecologista, donde el hombre encuentra su salvación en una naturaleza tan agreste como elemental. Esta idea se puede encontrar expuesta a lo largo de todo el último poemario, *Centauro*, pero como ejemplo particular se puede proponer la primera estrofa del poema «Y desparrama el tiempo esta guerra absurda:

*En esta hora Odracir,  
solo el recorrido de los abedules  
sobre nuestro corazón cansado.*

Frente a esta simbología de naturaleza particular, se desarrolla otra de carácter arquetípico, tan presente e intensa como la anterior. El abedul, naturaleza vegetal, y el lobo, naturaleza animal, se entremezclan con los arquetipos simbólicos del agua, el fuego, el aire, etc., como expresión de los elementos puros, esenciales y primarios de la naturaleza. La naturaleza viva y temporal

se fusiona con la naturaleza mítica e intemporal para proclamar su dinamismo humanizador contra los principios de aniquilación y de muerte. De esta manera, frente a la muerte se proclama la vida; frente a la dispersión, la unidad; frente a las iras, la tolerancia; etc. Vida, unión, tolerancia, etc., que en plano de la expresión poética se identifican con el principio absoluto del amor. El amor, principio regenerador, salvará al hombre, como su ausencia en los momentos actuales está dictando su condenación.

*Que hemos hecho de la depredación  
costumbre,  
y al cabo,  
falta aire,  
y sobran piras funerarias.*

(«Reconoce que este jueves  
desciende»-Centauro)

*No hay otra salida que amar,  
amar escandalosamente,  
como en los incendios,  
hasta la iniciación de lo terrible.*

(«Desparramada la  
arquitectura»-Centauro)

El principio regenerador del amor propicia otro campo semántico de profundo valor simbólico, esbozado ya de forma parcial: el bestiario. De esta manera, dentro de la obra de Julia Otxoa, el mundo animal presenta dos funciones con significado contrario. Una primera, ya planteada con anterioridad, implica idea de muerte, aniquilación y ruina; la segunda connota un sentido de entrega, de instinto, de naturaleza, etc. ya que el verdadero amor es despersonalización por ser entrega absoluta y en instinto por ser sentimiento desbordado. De esta manera, los animales no sólo son objeto de nuestro amor sino también expresión exacta de ese amor hacia los seres de toda la naturaleza, entre los que se encuentra el propio hombre, el «tú» poético.

El tema del amor, presente en todas las obras de la poeta donostiarra, va adquiriendo más fuerza y protagonismo según los libros se van sucediendo. Por eso, *Centauro*, en menor medida el resto de los poemarios, es un canto de salvación en el amor. Pero este amor, principio regenerador de vida, no es una simple entelequia o fruto de una fantasía alucinada o simple anhelo emocional. Los «Odracires» magos no son gnomos, seres exóticos o personajes de fábula. El amor, «Odraci», es realidad, es presencia, es ca-

ricia, es entrega, es vivencia. Y esta experiencia vivida en su simple cotidianidad, pero en su exultante materialidad, demuestra que el amor es, porque el amor existe. Y si el amor es y existe, es posible ver con esperanza y con fe la regeneración más o menos cercana del hombre y de la tierra. La entrega amorosa del «yo» y del «tú» es prueba, razón y camino de la superación de las limitaciones históricas y sociales del hombre y, por tanto, expresión simbólica y real de la salvación humana.

Desde este punto de vista, la realidad humana asume un dualismo de valoración según sea vista ésta como aniquilación y muerte o como salvación y amor. Para expresar un mundo desquiciado y deshumanizado, la poeta recurre a toda una serie de expresiones simbólicas comunes y míticas como el Bronx, Harlem, Normandía, Treblinka, Vietnam o el mismo Gernika. Ciudades o naciones símbolos de la barbarie y de la aniquilación humanas. En esta poesía no entran en juego los colores de las ideologías políticas con un trato maniqueísta de buenos y malos. En la poesía de Julia Otxoa, la humanidad en general, los unos y los otros, es culpable de la «ruina» y de la «herrumbre». Pero, por otra parte, también existen ciudades y ambientes símbolos de la paz, de la entrega y del amor. La poeta recrea un mundo exótico y fantástico para expresar ese sentimiento de armonía y realización interior. Se centra preferentemente en el ámbito mediterráneo, en un ambiente árabe, siendo la ciudad de Alejandría, con toda la simbología de su historia y de su ciencia, expresión particular de este sentimiento de humanidad y salvación. En este contexto de dualidades y antítesis asume un protagonismo central la figura del mago «Odraci», inversión de Ricardo, para representar igualmente la dualidad del ser y la ambivalencia del hombre, como si la poeta quisiera decirnos que los Ricardos-hombres se salvan cuando se transforman en magos-Odracires.

La obra de Julia Otxoa puede ser definida como un canto de salvación en el amor y un salmo de esperanza en medio del caos y de la ruina de la heredad.

Definíamos la poesía de Julia Otxoa como una poesía de amor en la encrucijada. Hasta este momento hemos ido analizando los fundamentos y realidades de esta poesía de amor, ahora queda explicar las razones profundas que hacen que a nuestro parecer



sea una poesía en la encrucijada. Encontramos a lo largo de toda su obra una expresión excesivamente seria y rotunda. La emocionalidad a veces brota y discurre sin continencia. Al principio del trabajo se afirmaba que en *Centauro* frente a obras anteriores revela un talante vital más sereno y más crítico. Esta postura emocional más profunda, pero también más sosegada, se concreta en la utilización, por lo menos en ciertos poemas, de la ironía y en el empleo de cierto sentido lúdico como medio para compensar la seriedad y la rotundidad de los enunciados poéticos. Estos datos nos revelan que *Centauro*, aunque obra de innegables y extraordinarios valores poéticos, materializa una poesía en estado de transformación y búsqueda. Por las pistas que nos ha ofrecido, parece que ésta discurre por el camino de la ironía, donde lo lúdico va adquiriendo cada vez mayor realce expresivo. Hasta no conocer la próxima obra de la escritora donostiarra todo lo que se pueda decir entrará en el campo de la pura hipótesis y de las suposiciones. Por las obras que conocemos hasta ahora, centrándonos preferentemente en *Centauro*, se puede proponer que la poesía de Julia Otxoa se halla en un estado de búsqueda y de tanteo, es decir, en la encrucijada.

Por todo lo que hemos ido afirmando hasta este momento, parece pertinente que se tenga que valorar la poesía de Julia Otxoa como «la encrucijada de una poesía de amor».